



Charles Dickens

El Secreto del  
Ahorcado

**E** LEJANDRIA



Charles Dickens

El Secreto del  
Ahorcado

**E** LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

# EL SECRETO DEL AHORCADO

**CHARLES DICKENS**

**PUBLICADO: 1853**

**FUENTE: BIBLIOTECA HISPÁNICA DE LA BNE**

**TRADUCCIÓN: ANÓNIMO**

**EDICIÓN ORIGINAL: LA NOVELA BREVE [CA. 1910],  
BARCELONA**

## EL SECRETO DEL AHORCADO

No hace al caso referir la manera cómo supe lo que voy a contar aquí ni quién me lo refirió... Baste saber que lo ahorcaron y que su historia es como sigue:

—¿Pero cómo es —le pregunté— que fue usted...?

No me atreví a lanzar la palabra ahorcado, por temor a herir su sensibilidad y delicadeza; me limité a terminar la pregunta con un ademán expresivo.

—¿Cómo es que fui ahorcado? —me respondió con ronco acento—. ¿Usted quiere saberlo todo, no es eso?

Estaba sentado frente a mi, al otro extremo de la mesa de nogal, en mangas de camisa y con los pies descalzos en el suelo. Un círculo opaco circundaba sus ojos, más esféricos que ovalados, y cuyas extáticas pupilas, que relucían con brillo vidrioso en el centro de sus órbitas, más que pupilas humanas parecían de fiera. También su frente semejava la de un espectro: era azul, violada, amarilla, lo mismo que una contusión que lleva cinco días de fecha. De la barba y de los lóbulos de las orejas manaba un sudor viscoso. La brisa del mar, que a ratos penetraba por la entreabierta ventana y refrescaba la caliginosa atmósfera de aquella noche, movía las largas sortijas de su ruda cabellera; se hubiera creído ver retorcerse en sus bucles las serpientes de las Euménides. Los dedos de sus huesosas manos encorvábanse ligeramente hacia dentro por efecto de alguna rigidez muscular independiente de su voluntad, y finalmente, noté que todos los miembros le temblaban con un estremecimiento

espasmódico, con el carácter de la agitación que precede o sigue a un ataque de tétanos.

Saqué la petaca y le di un cigarro. Después de ponérselo entre los labios, y volviendo las miradas hacia el lado en donde yo estaba, aunque más bien enderezándolas a la pared que a las que yo le dirigía, prosiguió:

—Es inútil. Puede usted torturarme, desollarme vivo, raerme la piel con limas roñosas...; haga lo que haga, no conseguirá que pueda decirle dónde está el niño. ¡No lo sé! ¡Nunca lo he sabido! ¿Cómo he de convencerle de que esa es la verdad?

Entonces le dije yo:

—¿Pero es que no observa usted que no tengo el menor deseo de saber el paradero de ese niño a que usted se refiere ni a ningún otro niño? Además, no veo la menor relación entre un niño y el hecho de haber sido usted...

—¿No ve usted ninguna? —repitió con vehemencia—. ¡Pues si precisamente... es esa la causa! Si no fuera por ese niño, nunca me hubieran ahorcado.

Balbució algunas palabras más respecto del niño, y yo le acerqué la botella de Burdeos, vino que siempre tenía en casa, porque lo considero como una bebida más ligera que ninguna otra. Él llenó un vaso que, más bien que beberlo, lo vació en su garganta; y advertí que tenía los labios tan secos, que el líquido introducido dejó en ellos glóbulos como las gotas de agua que se forman en una tela engrasada. Al fin comenzó su relato:

—Tuve la desgracia de nacer hace unos treinta años. Era yo heredero de un doble infortunio, pues mi madre acababa de quedar viuda cuando nací y murió al darme a luz. No le diré a usted cuál era mi verdadero apellido antes del nombre supuesto que ha sido la maldición fatal de mi vida, aunque puedo asegurarle que no era uno de esos nombres rimbombantes, adornados por un título aristocrático, puesto que mi padre era un modesto comerciante y mi madre había sido una triste sirvienta, antes de ser su esposa.

Dos parientes acudieron en auxilio del huérfano. Eran mis tíos; uno, hermano de mi padre; el otro, hermano de mi madre. El primero era marino retirado, rico y soltero; el otro, un tendero de ultramarinos con establecimiento abierto; era viudo y sólo tenía una hija, y sus negocios no marchaban muy bien. Ambos se odiaban cordialmente, con esa especie de aversión fría y avizora que el gato huraño siente por el perro, al que no se atreve a ser el primero en atacar.

Catorce años estuvieron ambos tíos jugando a la pelota con su infeliz sobrino, enviándoselo sin cesar y maltratándole con la misma crueldad. ¡Maldecido entretenimiento! Unas veces era mi tío Collerer quien descubría que estaba yo condenado a morir de hambre por el tío Morbus, y me cogía bajo su protección; otras el tío Morbus era quien se indignaba contra el tío Collerer cuando éste me había pegado, y quien insistía en que regresase a su domicilio. Ambos me maltrataban de obra, me pegaban; y los dos me mataban de hambre. Con la astucia natural que el tratamiento brutal inspira al niño más tonto, yo hacía cuanto podía para no molestar a mis dos tíos. Y sólo podía conseguirlo atizando la hoguera del odio que se habían consagrado mutuamente. No conseguía gracia de tío Collerer sino maldiciendo del tío Morbus; no me reconciliaba con el tío Morbus, sino hablando peor aún del tío Collerer. Eso sí, creo que no los calumniaba, pues eran dos viejos malos; y me hubieran dejado perecer, desde luego, en mitad del arroyo, si no pensase cada uno de ellos que, aparentando protegerme, haría, naturalmente, rabiar a su enemigo.

Así llegué a la edad de quince años y entonces consideré que debía elegir de una vez para siempre entre mis dos tíos, por miedo de que, a fuerza de ir de uno a otro, acabase por quedarme en el mundo solo. Era cosa muy natural que escogiera al tío rico, al marino retirado, al señor Collerer; y aunque éste sospechase con razón que sólo me unía a él por causa de su dinero, pareció, a falta de cariño, darse por satisfecho del todo con la antipatía cordial que yo tenía a mi tío Morbus. Y hasta evité ver a este último. Permanecí tres años sin poner los pies en su casa, y si le encontraba en la calle,

echaba por la otra acera, dejándole que me amenazase con el puño y me llamase ingrato y mal sobrino.

Aunque el tío Collerer había renunciado al mar, no renunció a ganar dinero en tierra. Prestaba con usura y en hipotecas. Pronto fui su brazo derecho, ayudándole a estrujar a los necesitados, a descontar pagarés de modestos negociantes y a facilitar a hijos de familia pródigos los medios de devorar anticipadamente la herencia paterna. Mi tío se dio cuenta de que no me faltaba inteligencia, y hasta se le escapó declarar que merecía ser su sucesor a su muerte. Pero continuaba tan tacaño como siempre, y yo padecía en mi persona su avaricia; únicamente la esperanza en lo por venir dábame paciencia para soportar lo presente. Esperaba; pero debo añadir que, por otra parte, justificábame a mis propios ojos otra esperanza a más de la de heredar a mi pariente.

He dicho que el tío tendero tenía una hija. Yo no consideraba a María Morbus como a su padre. Durante nuestra infancia, ni siquiera sospeché mi cariño a mi prima, pues ese cariño no siempre reprimía mis malos instintos, cuando, abusando de mi fuerza contra una niñita delicada, le atormentaba y le quitaba sus juguetes; pero al crecer, noté que era hermosa, muy hermosa; la amé, se lo dije y consiguió que me amase. Entonces vivía yo en casa del tío Collerer. Yo citaba a María en el parque lindante con la casa de su padre, y María acudía secretamente. Pocos atractivos tenía yo para agradar a una joven, con mi rostro lívido, los cabellos enmarañados y mi hablar tosco y rudo; pero existía en María Morbus una secreta necesidad de amar; y su corazón creyó fácilmente en la sinceridad del mío. Ese amor correspondido puso una especie de aureola en toda mi existencia; yo vivía de ese amor y para ese amor: tenía fe en todas las esperanzas que en mí despertaba; y a pesar de nuestra completa dependencia, María, de su padre, y yo de mi tío Collerer; no obstante el odio feroz que alimentaban esos dos hombres; sin embargo de la barrera infranqueable que ese odio parecía alzar entre María y yo, nos amábamos, alimentábamos esperanzas, teníamos confianza en la fortuna... la aguardábamos juntos.

Una noche, a la hora de cenar —cena que generalmente consistía en un trozo de queso y en cortezas de pan rociadas con una pinta de cerveza—, advertí que el tío Collerer parecía a la vez más sombrío y malicioso que de ordinario. Hablaba poco y mordía el pan como si saciase su odio en él. Terminada la cena se dirigió a un viejo escritorio carcomido, en donde encerraba los papeles y valores comerciales. Sacó de allí un fajo de documentos, soltó la cinta y empezó a leer; yo apenas me preocupaba de ello, porque su lectura favorita de cada noche consistía en la revisión de letras y créditos hipotecarios. Los días anteriores a los vencimientos pasaba horas enteras comprobando los aceptos y endosos, prosiguiendo la comprobación en sus sueños nocturnos. Aquel día, suponía yo que hacía lo mismo; pero así que hubo clasificado aquellos documentos, que tomaba yo por papel sellado, me arrojó el paquete y salió sin pronunciar una palabra; en el ruido de sus pasos por la escalera, conocí que se encaminaba a mi cuarto.

Abrí el paquete, con mano temblorosa y cierto presentimiento en el corazón, y encontré en él cuantas cartas había escrito yo a María Morbus. Todo pareció girar en torno mío, y los caracteres de aquellas cartas mezcláronse ante mis ojos con una danza infernal. En vano intenté leer una línea, encontrar de nuevo la frase que desde hacía tantos años estaba estereotipada en mi corazón... Mi propia letra era gringo para mí...

Volvió mi tío con una maletita negra en donde guardaba yo todo cuanto podía pensar que era de mi pertenencia.

—Tengo una llave que la abre —me dijo Collerer—, y he leído todas las cariñosas cartas que te ha dirigido esa loca. Pero aun me han edificado más las tuyas, que recibí anoche de manos de tu tío Morbus... ¡Así se lo lleve el diablo! ¿Conque yo soy un viejo avaro, eh? ¿Conque vives de esperanzas, eh? La esperanza es buena nodriza y amable adúladora, amigo mío... No tengo que decirte más que dos palabras —prosiguió mi tío, tras unos minutos de silencio, durante los cuales gozó tranquilamente de mi espanto—. En esa maleta están todos tus guiñapos. O renuncias a María Morbus,

renuncias a ella para siempre y le escribes una carta que voy a dictarte, o te marchas inmediatamente, y que no vuelva yo a verte por aquí. Decídetes ahora mismo.

Diciendo estas palabras, llenó la pipa, y después de encenderla, sentóse fumando, mientras yo permanecía atónito en su presencia. El amor, el miedo, el interés, la avaricia —¡maldita avaricia!— se disputaban mi alma y la arrastraban alternativamente. Al cabo una inspiración cobarde aconsejóme disimular, ganar tiempo. «Fingiré, pensaba yo, renunciar a María y asegurarle secretamente mi cariño. Con este doble juego podré seguir esperando la herencia de mi tío». Para vergüenza mía, esta resolución satisfizo a la vez mi cobardía y mi amor; me declaré dispuesto a aceptar las condiciones de mi tío.

—Escribe, pues —dijo, dándome un pliego de papel y una pluma—, escribe.

Cogí la pluma y escribí maquinalmente lo que me dictó, sin que, desde luego, recuerde hoy los términos... Había algunas frases abyectas, que expresaban mi decisión de olvidar mi amor por María.

—Muy bien, sobrino —dijo mi tío, así que hube terminado—; no necesitamos cerrar la carta, ni sellarla ni enviarla por correo; porque... ¡ja! ¡ja! ¡ja! podemos entregarla en propias manos.

El cuarto en que sucedía esto no estaba separado de otro más que por una puerta de dos hojas. Mi tío Collerer empujó esa puerta, la abrió y, al mismo tiempo, con un saludo burlón, introdujo a mi tío Morbus y a mi prima.

—He aquí una carta para usted —dijo el viejo avaro—; una carta de su fiel amante; pero casi no le hará falta leerla, pues habrá podido usted oírlo todo, ¿verdad? y admirar la docilidad de este sobrino querido... Creo que he levantado bastante la voz, aunque soy asmático y aunque todo esto no haya de durar mucho tiempo... ¿Eh, sobrino?

Esta última frase era una cita de mis cartas. Al coger de manos de Collerer la terrible misiva, María temblaba; pero, cuando, turbado ya por el remordimiento, la rogué que me mirase; cuando, con el

acento más apasionado, la supliqué que creyera que yo seguía siéndole fiel, ella me aniquiló con una mirada llena de desdeñosa desconfianza; luego, arrugando el papel entre los dedos, lo tiró con desprecio.

Llegó su vez al tío Morbus, quien con voz de falsete, me dijo: «¿Tú casarte con mi hija?... ¿Tú?... Al morir tu padre, debía más de lo que tenía. Hasta a mí me debía, y aun me debe. ¿Por qué no habrá una ley que obligue a los hijos a pagar las deudas de los padres?... ¡Casarte tú con mi hija!... ¿Crees que podría aceptar yo por yerno al hijo de tu padre... al sobrino de tu tío?».

Este último rasgo me revelaba que mis dos parientes, acordes un momento, no tardarían en romper de nuevo las hostilidades. Un rayo de esperanza brotó en mi cerebro.

—¡Salgan de mi casa usted y su hija! —exclamó el tío Collerer—. Usted me ha secundado, y yo se lo he devuelto; estamos en paz. Salga.

Oí a ambos enemigos disputar todavía en el pasillo; oí los sollozos de María. Después, cerróse violentamente la puerta de la calle y volvió a la estancia el tío Collerer.

—Supongo que estará usted satisfecho ahora, tío —le dije.

—¡Satisfecho! —exclamó agarrando la gran tinaja de barro en donde tenía el tabaco, cual si quisiera tirármela a la cabeza—. ¡Satisfecho!... ¡Tú sí que lo vas a estar ahora, granuja! ¡Vete! Y que no vuelva yo a ver tu perra cara por mi casa.

—Supongo que no pensará usted despedirme, tío... —le dije, tartamudeando.

—¡Levanta el campo con todos tus trastos! —repitió el tío—. Si te quedas un minuto más, voy a avisar la policía. ¡Vete! —Y me indicó la puerta.

—Pero, ¿dónde he de ir? —le pregunté.

—Vete a mendigar —dijo mi tío—, o vete a humillarte a los pies de tu querido tío Morbus... ¡Vete al demonio!

Así diciendo, abrió la puerta, empujó con el pie mi maleta hasta el vestíbulo, me echó a empellones a la calle, y tras de mí la maleta, y cuando quise volverme, me dio con la puerta en las narices.

Eran las doce de la noche y me hallaba solo en la calle. Fui a dormir a un café. Llevaba algunos chelines en el bolsillo, y, a la mañana siguiente, fui a albergarme a lo último de una callejuela, entre Gray's Inn y Leather-Lane, en el barrio de Holborn, en donde alquilé un cuartito en la azotea de la casa, mediante algunos chelines semanales. Escribí carta tras carta a mis tíos y a María, sin recibir nunca respuesta. Erraba todo el día por las calles, haciendo todas mis comidas con panes de un penique y fiambres. Me iba a la cama antes del oscurecer, y allí invocaba las tinieblas; luego, llegadas éstas, llamaba yo gimiendo el retoño de la luz. No conocía a nadie a quien dirigirme para obtener colocación. La casa donde vivía estaba llena de refugiados extranjeros y saltimbanquis cuya jerga no podía yo comprender. Poco a poco se agotó mi pequeño capital, y, a los diez días, mi espíritu estaba ya preparado para el suicidio.

Esa preparación no se adquiere sino gradualmente. Hay que sentirse aislado en una ciudad populosa, buscando en vano un amigo; hay que palpar la bolsa casi vacía, después de haber vendido al trapero un chaleco y un frac... y pronto tendréis esa disposición de ánimo que los jueces de instrucción y los frenólogos llaman insanidad temporal. Tomé, pues, la resolución de morir. Empleé mis últimas monedas en comprar láudano en diferentes farmacias, pidiendo por valor de un penique a cada boticario, con el achaque de calmarme el dolor de muelas. Así que hube reunido el conjunto en una botella que había en mi lavabo, cerré la puerta, me senté en la maleta, y traté de rezar... No pude hacerlo.

Serían poco más o menos las nueve de la noche, en el mes de julio, y en mi cuarto reinaba esa semioscuridad que vulgarmente se llama entre dos luces. De pronto, por la parte de la ventana, abierta de par en par, estalla un ruido confuso, con un barullo de voces en

lengua completamente ininteligible para mí. A ese tumulto sucede un tiro; lo oigo hoy tan claramente como lo oí hace veinte años; y tras ese primer disparo, otro. Dirigí mi vista hacia la ventana y vi dos manos ensangrentadas que se asían al alféizar; al mismo tiempo una voz que imploraba socorro por amor de Dios. Sin saber apenas lo que hacía, atraje a mí, en mi cuarto, el cuerpo de un hombre cuyo rostro no era ya sino una máscara roja. Apenas le hube ayudado a entrar, mantúvose en pie, clavando en mí unos ojos que semejaban la mancha ardiente que uno cree ver después de haber fijado un rato la vista en el sol. Después, empezó a tambalearse y rodó por el cuarto, agarrándose a las cortinas de la ventana, a la mesa, a la pared, dejando por todas partes huellas de sangre; y yo le seguí con angustia hasta que cayó de cara en la cama.

Encendí una vela como pude. Aquel hombre estaba muerto; tenía tan desfigurado el rostro, que no era posible distinguir un solo rasgo de su fisonomía. Debía de haberle dado el tiro en mitad de la cara. A su vez, traía en la mano izquierda una pistola recién descargada. Permanecí unos veinte minutos junto al cadáver, esperando las consecuencias de la alarma que naturalmente había de provocar semejante suceso, y reflexionando acerca de lo que debía hacer; pero todo quedó silencioso como una tumba. En la casa, nadie parecía haber oído el disparo; nadie parecía haber prestado atención afuera. Me asomé a la ventana; no noté el menor movimiento, y la noche envolvía en su más densa oscuridad la masa de los tejados y chimeneas. Sólo la luz de mi vela reflejábase en un charco de sangre en el cinc de los tejados.

Me di a pensar que acaso podrían acusarme de haber asesinado a aquel desconocido. Yo, que momentos antes me preparaba para una muerte violenta; yo, que quería dármele a mí mismo, me eché a temblar como un azogado al pensar en el patíbulo. Procuré luego convencerme de que todo aquello no era más que un sueño horrible. Pero no; en mi lecho había un hombre asesinado, y en derredor de mi cuarto estaban las huellas de sus manos ensangrentadas. Reconocí con más atención el cadáver: el muerto era casi exactamente de mi estatura y corpulencia. No podía calcular su

edad, pero tenía cabellos largos y negros como los míos. En uno de sus bolsillos encontré una cartera que contenía varias hojas de papel llenas de caracteres que me parecieron pertenecer a otro alfabeto distinto del nuestro; y junto a ellas, un fajo de billetes del Banco de Inglaterra. Un reloj de oro se ocultaba en el bolsillo de pantalón, y un cinturón de seda contenía 200 soberanos de oro y algunos luisés de oro franceses.

Yo no sé qué demonio permanecía a mi lado durante esa inspección, para aconsejarme; más pronto determiné el plan que me sedujo. Acordé substituir el muerto por el vivo y el vivo por el muerto. En menos tiempo del que empleo en referirlo, despojé de la cartera, del oro y del reloj al cadáver. Quitéle también el traje, y, colocando debajo de la cama la vela encendida, bajé rápidamente la escalera; no encontré a nadie en la puerta ni en la callejuela, nadie me persiguió, y gané la amplia calle de Holborn, pasando inadvertido. Después de andar durante una hora, volví sobre mis pasos, con la curiosidad de saber lo que sucedía por mi barrio. La voz de fuego habíalo al fin despertado: los bomberos acudían con las bombas, que rodaban estrepitosamente por el adoquinado.

—¿En dónde se ha declarado el incendio? —pregunté con indiferencia.

—En una casa del callejón de Gray's-Inn —me contestaron.

Al día siguiente, me guardé mucho de aparecer por los alrededores de Holborn; pasé todo el día errando de taberna en taberna por el arrabal de Surrey. Allí fue donde, a los dos días, leía en un periódico lo siguiente:

#### HORRIBLE SUICIDIO E INCENDIO EN GRAY'S-INN-LANE

Durante la noche del miércoles al jueves, los habitantes de Gray's-Inn-Lane se alarmaron por las bocanadas de humo que salían de las ventanas del número 5 de la calle de Hustle, casa en que se alquilan habitaciones amuebladas. El dueño de ella, señor Pluse, que violentó la puerta de una buhardilla del tercer piso, vio que allí se había suicidado el inquilino M..., levantándose la tapa de los sesos con una

pistola. El desdichado empuñaba aun el arma fatal. Sea por ignición de la borra, o por cualquier otra causa, el incendio se comunicó a las sábanas, a las mantas y, finalmente, a los colchones: todo ello ha quedado consumido por el fuego, así como también parte de los muebles del cuarto. Los bomberos de la brigada de la Compañía del Sur no tardaron en llegar al lugar del siniestro y consiguieron reducir sus estragos. El cuerpo y el rostro de la víctima estaban horriblemente desfigurados, en parte por el pistoletazo y en parte por las llamas; pero por lo que ha quedado intacto de sus documentos y enseres, se ha podido comprobar su identidad. Se ignora la causa del suicidio. M... no tenía brillante posición; pero sí parientes que no le hubieran dejado en la miseria, y si su existencia se hubiese prolongado unas horas, hubiera sabido la misma mañana, al despertar, que heredaba una fortuna de 30,000 libras, de su tío Gripple Collerer, Esq. de Raglan Street, fallecido dos días antes, y que le había nombrado heredero universal. El vigilante de la parroquia, señor Pylms, con la inteligencia y actividad de siempre, recogió inmediatamente estas circunstancias, y el coroner, que acudió al lugar del suceso, ha certificado la defunción.

«Todo lo había perdido: mi nombre, mi existencia propia, treinta mil libras esterlinas... ¡y todo ello por cuatrocientas libras en oro y en billetes de banco!»

—Me figuro lo demás —dije yo mientras tomaba aliento el que había sido ahorcado—. Se presentó usted mismo, para recobrar su libertad, y en vez de conseguirlo, fue condenado como asesino e incendiario.

Esperaba yo su respuesta. Él había encendido otro cigarro, y fumaba. Al verle tan tranquilo, consideré prudente no excitarle con nuevas preguntas, y esperé pacientemente que volviera a tomar la palabra. No tardó en proseguir su relato en estos términos:

—No lo adivina usted; lo que yo me volví aquella noche aciaga, continuó siéndolo, si es que soy algo. Me resigné, por miedo a cosa peor. El mismo día en que el periódico me anunciaba que mi suicidio estaba consumado del todo, salí de Londres, resuelto a huir del

suelo de Inglaterra. Fui a Hull, en cuyo puerto encontré un barco que se hacía a la vela para Hamburgo y me embarqué para esta ciudad. En ella residí seis meses, viviendo en una fonda, frugal y solitariamente y procurando aprender alemán; porque había acabado por saber que estaban en esa lengua los papeles manuscritos de la cartera. No era yo estudiante capaz de rápidos progresos; pero, al cabo de seis meses, los había hecho suficientes para saber que el muerto por quien yo me había substituido se llamaba Müller y había viajado por Rusia, Francia y América. Traté de traducir los trozos de un diario que él redactó en el último país; pero no contenía casi más que sus impresiones de viaje. Eso sí, hacía acá y acullá algunas alusiones a su secreto, a la misión de que estaba encargado; pero para mí era imposible descubrir lo que eran esa misión y ese secreto. Mencionábanse también una pastora, un antílope y un tigre azul, probablemente designaciones de personas. Casi todos los documentos estaban cifrados, y faltábame la clave.

Adopté el nombre de Müller, por ser el del hombre que en adelante representaba yo en el mundo de los vivos; pero en Hamburgo, donde había centenares de Müllers, nadie podría fijarse en un Müller. Acostumbraba a ir yo todas las noches a fumar la pipa a una gran cervecería situada en las afueras de la ciudad. En la misma mesa sentábase amablemente conmigo un hombrecillo grueso de levita gris, que fumaba y bebía continuamente. Yo miraba a todo el mundo con sospechosa desconfianza; sin embargo, no se encuentran dos personas a solas en balde durante una quincena en el mismo sitio: poco a poco, entablóse entre el hombrecillo gordo y yo una especie de amistad de café.

Un día, tras algunas libaciones bastante copiosas, me preguntó si había yo probado alguna vez la célebre cerveza bávara o baérischer, añadiendo que era superior a todas las cervezas alemanas. Acabó por convidarme a una botella. Yo estaba de bastante buen humor, y acepté. Sirviéronnos, pues, una botella de cerveza bávara, luego otra, después una tercera, hasta que, a fuerza de vaciar el vaso y de fumar la pipa, sentí algo de vértigo y me quejé de ello.

—Ya sé en qué consiste —me dijo mi compañero—. Detrás de la cerveza baérischer, yo tomo siempre un cuartillo de aguardiente. Iremos a beberlo a la Grüne-Gans, aquí cerca: es una buena casa, dirigida por Max Rombach.

Encontrábame yo en ese estado en que el hombre que ha bebido ya demasiado cree que necesita beber más todavía, y seguí al amigo de la levita gris. No sé cuántos cuartillos de aguardiente tomé por mi parte en la Grüne-Gans; pero a la mañana siguiente, me desperté en la cama, con fuerte dolor de cabeza. Mi primer movimiento fue saltar del lecho para averiguar si tenía en el bolsillo de mi traje la cartera. Ya no estaba. Mandé llamar al fondista y los camareros; pero ninguno pudo darme razón de ella. Me había llevado a casa en coche, me dijeron, el hombre de la levita gris que se decía amigo mío, y después de ayudarme a desnudarme, había desaparecido, dejándome en la cama. Mis investigaciones me confirmaron que mi supuesto amigo era el ladrón, pero no fue la codicia lo que le tentó, pues los billetes de banco que me quedaban estaban, con el reloj, en mi bolsillo.

Aquella misma noche acudí al establecimiento en donde solía ver a mi amigo, sin la menor esperanza de encontrarle allí y sólo para obtener algunos informes acerca de él. Con gran sorpresa le vi sentado, fumando y bebiendo como la víspera. Le dirigí un saludo bastante frío.

—Supongo —me dijo con aire sonriente y amable— que con el aguardiente de ayer tendrá la cabeza algo pesada hoy...

—Necesito hablarle —le dije secamente—; salgamos.

—Con mucho gusto —me contestó.

Y poniéndose el sombrero de anchas alas, me acompañó con la mayor complacencia al jardín que había detrás de la casa.

—Anoche me embriagué —dije para empezar.

—Zo —me respondió con imperturbable calma.

—Y durante mi embriaguez, me robaron la cartera.

—Zo —repitió con igual serenidad.

—Y creo que fue usted quien me la ha quitado.

—Zo. Tiene usted razón, hijo mío —dijo sin desconcertarse—. Yo mismo se la quité. Aquí está.

Diciendo esto, golpeóse el pecho, en el lugar en que el bolsillo de la levita anunciaba, por un bulto muy visible, que contenía, en efecto, el objeto reclamado. Inmediatamente me eché sobre él con ánimo de quitárselo; pero apartóse bastante aprisa a pesar de su obesidad, eludió mi ataque, y, acercándose a los labios un pito, produjo con él un sonido agudo. Casi al mismo tiempo, sentí que me echaban por la cabeza un abrigo o un paño; atáronme las manos, y, antes de que tuviese tiempo de realizar un esfuerzo para defenderme, era levantado en peso y conducido en medio de la más completa oscuridad. Cien pasos más allá, me sentaron en una banqueta; oí el ruido de una portezuela, y otro ruido de ruedas me convenció de que estaba en un carruaje y que éste se ponía en movimiento.

Bien pudo durar mi viaje algunas horas. Nos deteníamos de vez en cuando, creo que para mudar de caballos. Al principio, quise resistir, hacer esfuerzos convulsivos para soltarme y pedir socorro. Pero estaba atado y amordazado, y perdida la esperanza de conseguirlo, me sometí al destino. Por último hicimos alto definitivamente. Me sacaron del coche y lleváronme de la mano durante unos diez minutos; por el cambio de aire, creí vislumbrar que entrábamos en una casa, tal vez en un pasaje subterráneo; luego subimos y bajamos escaleras: abrieron y cerraron puertas. Finalmente me pusieron en pie; cayeron de mi boca la mordaza, de mis manos los grilletes y la venda de mis ojos; pero yo no veía nada, y la oscuridad que reinaba en torno mío inspiróme el temor de que me hubiesen privado de la vista por medio de alguna maquinación infernal.

Experimenté gran alegría al percibir un rayo de luz que penetraba por un agujero colocado por encima de mi cabeza. No estaba ciego, sino que me hallaba en un lugar sombrío, cuyos límites intenté

conocer a tientas. Pero mis manos no encontraron más que los fríos muros de una prisión, cuya puerta no podía descubrir. A los gritos que proferí sólo respondió el eco, sin que acudiera nadie.

De este modo pasaron dos días y dos noches... al menos así me lo pareció, cuando las angustias del hambre y la sed indujéronme a suponer que habían decidido matarme de inanición. Sólo el tercer día, según mis cálculos, un rechinar de aves, cerraduras y candados halagó mis oídos. Se abrió una puerta, un vivo destello de luz me cegó por un momento, y una voz muy conocida me dijo: «Ven aquí», como hubieran podido decirlo a un animal enjaulado.

Me arrastré hacia la puerta, y, una vez franqueado el umbral, me hallé de pie en un patinillo, con mi amigo delante de mí: el hombre de la levita gris. Mejor dicho, la levita gris había desaparecido, y aquél se me presentó con otro traje, una chaqueta encarnada recamada de oro, que le oprimía tanto el talle, que, en cualquier otra circunstancia, me hubiese reído de aquel hombre bajo y rechoncho, con uniforme de húsar o de jockey. Hacía como que no me había visto en toda su vida, y se limitó a hacer una seña referente a mí a dos lacayos de librea roja como la de él, los cuales me cogieron por los brazos y me condujeron en la misma forma que tres días antes.

Así crucé varios patios y puertas; por la arquitectura de los edificios circundantes, me figuré que nos hallábamos en un castillo gótico. Tras de una ventana enrejada, me pareció ver a dos hombres con chaquetas y gorros blancos. Un ruido de cacerolas y un delicioso perfume de guisos me hicieron conjeturar que estábamos muy cerca de la cocina. Allí hicimos un pequeño alto, que obedecía sin duda a algún cálculo malicioso; porque mi amigo me miró por encima del hombro con una expresión sardónica al ver que, excitado por el hambre, intentaba yo librarme de mis portadores, que eran a la vez mis guardias. Al fin subimos una escalerilla estrecha que nos condujo a una galería de cuadros, larga y espléndida, que daba a una habitación, amueblada suntuosamente, mitad biblioteca y mitad salón.

Alegre fuego de leña chisporroteaba en el hogar de la chimenea, contra cuya pared hallábase de pie un anciano cuya extraña cabellera estaba cuidadosamente recogida sobre la frente. Iba vestido de negro, con corbata blanca y un lacito multicolor en el ojal. Cerca de él, vi una mesa repleta de papeles, junto a la cual había otro anciano, de gran corpulencia, sentado en un sillón, envuelto en una bata forrada de ricas pieles y cubierto con un gorro de terciopelo negro que tenía como apéndice una horrible visera de seda verde. Los dos lacayos dejáronme cerca de aquella mesa, sin cesar de sujetarme por los brazos.

—Señor Müller —me dijo cortésmente el hombre de negro, hablándome en correcto inglés—, ¿cómo está usted?

—No se trata de mi salud —le respondí, indignado—: lo que yo pregunto es por qué he sido detenido, robado, encarcelado y condenado al suplicio del hambre.

—Señor Müller —prosiguió el hombre de negro, con imperturbable urbanidad—, debe usted dispensar la manera, al parecer poco cortés, con que se le ha tratado. Como nuestra casa no ha sido construida para cárcel, sino para palacio, a falta de lugar de reclusión más adecuado, nos hemos visto obligados a emplear provisionalmente un cuarto bajo que, según creo, fue destinado en otro tiempo para granero. Supongo que no le habrá parecido a usted muy húmedo.

El hombre de la visera verde movió sus corpulentos hombros, como si se riese para sus adentros.

—Al principio, caballero —prosiguió el otro, haciéndome cortésmente seña de que le dejase hablar, pues yo iba a hacerlo en aquel momento—, habíamos pensado que, para conseguir nuestro objeto, nos bastaría tener en nuestro poder los papeles de su cartera (y tocó con el dedo la maldita cartera); pero como parte de la correspondencia está cifrada, y sólo usted tiene la clave, nos ha sido absolutamente indispensable tener el gusto de conversar con usted.

—¡Yo estoy tan enterado como usted de las cifras y la clave! — exclamé—. ¡Y juro ante Dios que no poseo secreto alguno que pueda referirse a usted!

—Debe usted de tener apetito, señor Müller —dijo el hombre de negro, sin hacer el menor caso de lo que yo había dicho—. Carol, traiga el almuerzo.

El hombre que antes vestía de gris, mi amigo, respondió con un respetuoso saludo al nombre de Carol; salió y volvió a poco con una bandeja en la que había diversos manjares sabrosos y botellas de vino. Los dos lacayos me aflojaron un poco los brazos, e iba yo a precipitarme sobre la bandeja, cuya vista me hizo palpitar el corazón, cuando alzó el hombre de negro la mano:

—Un momento, señor Müller —dijo—; antes de reponer sus fuerzas, tenga la bondad de contestarme a una sola pregunta: ¿Dónde está el niño?

—¡Ya! ¿Dónde está el niño? —repitió el de la visera verde.

—¡Yo qué sé! —respondí, animado—. ¡Juro por mi alma que lo ignoro! Aunque me lo estuvieran preguntando ustedes cien años, no podría decírselo.

—Carol —dijo el hombre de negro, con su despiadada impasibilidad—, llévese la bandeja. El señor Müller no tiene apetito...; a menos —añadió volviéndose a mí— que quiera usted contestar a esa preguntita.

—¡Qué he de contestar! ¡Nada sé, ni lo he sabido nunca! — respondí.

—Carol —dijo mi interrogador, cogiendo un periódico y volviéndome la espalda—, llévese la bandeja. Buenos días, señor Müller; adiós.

A pesar de mis gritos y esfuerzos, me sacaron de allí a viva fuerza ambos lacayos. Atravesamos la galería de cuadros; pero, en vez de bajar de nuevo la escalera, entramos en otra serie de habitaciones. Pasábamos por un largo vestíbulo iluminado con arañas, y mis

guardianes me habían dejado libre un momento, pues uno de ellos intentaba abrir una puerta, mientras el otro buscaba la llave en el bolsillo, cuando vi que un tablero del revestimiento de la pared se deslizó por una corredera; por aquella abertura asomóse una señora vestida de negro, que podía tener unos treinta años y era hermosa.

—Ha procedido usted con gran nobleza —me dijo de prisa a media voz, como hablando aparte—. Siga así, y Dios recompensará su fidelidad.

La sorpresa me impidió responder, pero tampoco hubiese tenido tiempo de hacerlo, porque el tablero se cerró inmediatamente; me cogieron de nuevo ambos lacayos y me condujeron precipitadamente a un cuartito modesto y limpio. Dejéronme allí y cerraron la puerta. Allí encontré un panecillo negro y un cántaro de agua. Satisfice ávidamente el hambre y la sed, sin dejar una miga de pan ni una gota de agua. Aquello fue lo único que ingerí en veinticuatro horas. Desde mi ventana, que estaba enrejada, pude reconocer el patio de la cocina. La vista de los cocineros y el olor de los guisos me volvían medio loco.

El segundo día me llevaron otra vez ante el hombre negro y el de la visera verde. Repitióse la escena infernal: la tentación de la bandeja volvió a irritar mi hambre, y ante mi negativa de responder a la pregunta: «¿Dónde está el niño?», el hombre de negro dijo a Carol: «Retire la bandeja: el señor Müller no tiene ganas».

—¡Espere! —exclamé en un arrebató de obcecación, creyendo que podría contentar a mis verdugos con una mentira—: voy a confesarlo todo, a decirlo todo.

—Hable, pues —dijo el hombre de negro—. ¿En dónde está el niño?

—En Amsterdam —respondí a la ventura.

—¡En Amsterdam! ¡Qué estupidez! —dijo impaciente el hombre de la visera verde—. ¿Qué relación tiene Amsterdam con el tigre azul?

—No creo necesario advertirle —dijo con sarcástico acento el hombre de negro—, que nombrar una nación o una ciudad no es responder a la pregunta. Ya sabe usted tan bien como yo, que la clave del lugar en donde está el niño se encuentra aquí —y señaló con el dedo a la cartera.

—Sí, aquí —repitió el de la visera con el mismo gesto.

—Pero, señor... —dije yo con voz suplicante.

—Usted lo pase bien, señor Müller.

Interrumpido por tan simple réplica, condujéronme de nuevo a mi prisión; vi por segunda vez a la señora de negro, quien, al pasar, me administró el mismo estéril consuelo de decirme que Dios recompensaría mi fidelidad; volví a encontrar el pan negro y el cántaro de agua; después, al cabo de otras veinticuatro horas, lleváronme otra vez ante mis interrogadores, y de nuevo fui tentado por la bandeja llena de viandas, y condenado de nuevo a pan duro y agua clara.

—Tal vez desea el señor Müller algo más sustancioso y positivo —dijo, a la quinta entrevista, el hombre vestido de negro.

Y abrió el cajón de una mesa de escritorio donde había varios sacos de dinero, invitándome a tomar lo que quisiese. De nada me valió protestar, asegurando que todo el oro del mundo no me arrancaría un secreto que me era completamente desconocido; en vano declaré que Müller no era mi verdadero apellido; inútilmente revelé la fatal argucia que me había hecho renunciar al mío: el hombre de negro se limitó a mover la cabeza con una sonrisa de incredulidad; luego, me felicitó con sorna por mi prodigiosa imaginación, y añadió que la fábula por mí inventada le afirmaba más en su convicción de que yo sabía el paradero del niño.

Después de la sexta entrevista, la dama de negro, que sin duda tenía a su favor a los dos lacayos, halló medio de detenerme al pasar y decirme: «Tenga valor; su liberación se aproxima: esta noche le trasladarán a un manicomio».

Aun me estaba yo preguntando cómo me iban a libertar trocando mi cuarto de prisionero por una celda de alienado, cuando dos sujetos vigorosos se arrojaron sobre mí, me pusieron una camisa de fuerza y me condujeron a un carruaje que arrancó al momento a escape. Viajamos toda la noche, y a la mañana siguiente llegamos a un vasto edificio. Allí, me despojaron de mis ropas, examináronme de pies a cabeza, me metieron en un baño y me vistieron con una casaca de tela gris. Pregunté en dónde estaba y me contestaron: «En el asilo de alienados del gran ducado de Sachs Pfeigiger».

—¿Puedo ver al director del establecimiento? —dijo moderándome para parecer tranquilo.

—Ahora le conducirán a usted a su despacho —me respondieron.

El herr-ober-direktor era un hombre bajito y calvo que, al hablar, enseñaba una hilera de hermosos dientes blancos. Me recibió cortésmente y me preguntó qué podía hacer por mí. Le conté mi verdadero nombre, mi historia, mi persecución: le dije que era inglés y que reclamaba mi libertad. Él sonrió y gritó: «¿Dónde está Kraus?».

—Aquí, Herr —respondió el guardián.

—¿Qué número tiene este señor?

—Número noventa y dos.

—Noventa y dos —repitió el herr-direktor, escribiendo tranquilamente—: Cataplasmas en las plantas de los pies; vejigatorios detrás de las orejas; emplasto de mostaza en el pecho y hielo en la cabeza... hielo del mar Báltico.

La aborrecible receta me fue administrada al pie de la letra. El malvado Kraus me atormentó de todas maneras, y, en medio de mi tortura, me preguntaba: «Dígame dónde está el niño, Müller, y quedará en libertad dentro de media hora».

Seis meses permanecí en aquel manicomio. Cuando me quejaba al doctor de los malos tratos y tentaciones que me hacía sufrir Kraus, me recetaba inmediatamente cataplasmas, sinapismos y hielo del

mar Báltico. Las contusiones que yo mostraba, atribuíanlas a golpes que yo mismo me daba en los accesos de mi frenesí. Los maniáticos con quienes estaba encerrado declaraban, como es costumbre de todos los monomaníacos, que yo era loco de atar.

Una noche que yo gemía tumbado en la cama, entró Kraus en mi celda. «Levántese —me dijo—; está usted libre. He recibido diez mil thaleres de Rusia para arrancarle su secreto, si podía; pero me aseguran veinte mil florines de Austria si le doy la libertad, y reconocerá usted que esta cantidad merece la pena. Perderé mi destino y me veré obligado a huir; pero iré a Francfort y allí abriré una fonda para los ingleses, que hará mi fortuna. Venga pronto». Me condujo hasta el principio de la escalera; me hizo salir por la puertecita del jardín y, entregándome un lío de ropa y una bolsa, me dio las buenas noches.

Me despojé de la odiosa casaca de alienado y estuve andando hasta el amanecer. Al ser de día me hallaba en la frontera de otro gran ducado. En uno de los bolsillos de mi nuevo traje había un pasaporte perfectamente en regla, y no me molestaron ni en la aduana ni la policía. Aquella misma mañana fui a la administración de la diligencia, en la primera población a que llegué, y tomé un asiento para Bruselas. El viaje duró cuatro días. Llegué débil aún y muy flaco, después de seis meses de privaciones y torturas; pero pronto recobré la salud y las fuerzas, tanto más cuanto que me desquité de mi forzada abstinencia, frecuentando las mejores fondas de Bruselas primero, y luego de París, adonde me refugié al salir de Bélgica.

Una noche entré en el Palais Royal, en el establecimiento de los Hermanos Provenzales, de donde hacía quince días que era parroquiano; el camarero me entregó el menú, que era un libro de varias páginas y que yo recorría según mi costumbre, con la reflexión de un gastrónomo, cuando vi entre dos hojas una esquelita con mis señas. Ved lo que leí:

Pida usted pescado; aparente comerlo, pero no lo coma.  
Permanezca en la mesa el tiempo que suele quedarse otras veces,

para alejar toda sospecha; pero en cuanto acabe de cenar, salga para Inglaterra. Al pasar por Londres, acuérdesse de que tiene que visitar a Hildeburger.

Había encargado ya un lenguado al gratén; pero en cuanto me lo sirvieron, lo arrojé en pedacitos debajo de la mesa. Así que hube terminado el resto de la cena, llamé al mozo y le pedí la cuenta.

—Tenga la bondad de pagar al primer camarero —me dijo—: voy a avisarle.

Vino el primer camarero. Si hubiese visto yo aparecer un centauro, una esfinge u otro monstruo cualquiera, no me hubiera horrorizado tanto... Era Carol, el hombre de la levita gris, y luego de la librea encarnada. ¡Carol, con la servilleta bajo el brazo!

—Müller —me dijo fríamente, inclinándose sobre la mesa—, su lenguado estaba envenenado; dígame dónde está el niño y aquí tiene un antídoto y 100,000 francos.

Por toda respuesta cogí la botella y di con ella a Carol en mitad de la frente, con toda la fuerza de mi brazo. El muy canalla cayó como una piedra, en medio de exclamaciones de las mujeres y juramentos de los hombres y gritos de: «¡A ese! ¡A ese!». Yo huí de la fonda y luego salí del Palais-Royal por uno de los pasajes que dan a sus cuatro galerías.

¿Murió Carol del golpe? ¿se restableció? ¿me persiguieron? ¿no me persiguieron? Nunca he sabido nada de eso. Llegué a mi casa, arreglé la maleta y a la mañana siguiente salí para Bolonia del Mar en diligencia. Atravesé el canal y llegué a Londres; pero no vi a Hildeburger ni procuré verle, por la sencilla razón de que ignoraba quién era ese Hildeburger y dónde se encontraba. Además, la misma noche de mi llegada a esa capital, partí para Liverpool, decidido a trasladarme a América. Temía quedarme en Londres y en Inglaterra, no sólo a causa de mis amigos y de mis enemigos, sino también por el verdadero terror que me inspiraba el espectro del verdadero Müller.

Tomé pasaje para Nueva York en una bricbarca que debía hacerse a la vela a los ocho días de mi llegada a Liverpool. Era ya viernes, y la salida estaba señalada para el lunes de la semana siguiente. Paseábame por los alrededores de la Bolsa, felicitándome porque muy pronto mediaría el Atlántico entre mis perseguidores y mi persona, cuando, de repente, oigo pronunciar el nombre de Müller... Me vuelvo y mis miradas tropiezan con las de un joven alto, de bigote pequeño, vestido a la última moda, y que me parecía chupar el puño de un bastón de ébano.

—Señor Müller —díjome con un movimiento de cabeza.

—No me llamo Müller —contesté con osadía.

—¿No ha visto usted aún a Hildeburger? —añadió arqueando ligeramente las cejas.

Sentí un calofrío y tartamudeé:

—¡Nooo!

—A fuerza de trabajo hemos encontrado otra vez sus huellas —dijo con sangre fría—; la señora a quien debe usted la libertad y la vida continuaba callada. En vano hemos apelado a las tuercas y al agua. Al fin, por el empleo concienzudo de la cuerda y las poleas, hemos logrado hacerla hablar.

Yo volví a estremecerme.

—¿Quiere usted ver ahora a Hildeburger? —añadió rápidamente—; está aquí cerca.

—Ahora, no —balbucí—; otro día.

—¡Pues bien, mañana!

—Sí, eso es, mañana —respondí.

—Mañana es sábado. Me hallará usted aquí a las cuatro de la tarde; no se olvide. Hasta la vista, señor Müller.

Apenas hubo pronunciado esas palabras, giró sobre sus talones y desapareció entre la muchedumbre de comerciantes y agiotistas.

Puesto que él señalaba la cita para el día siguiente, no dudé de que sabía mi próxima marcha y aunque había pagado ya mi pasaje para Nueva York, resolví perder su importe y despistar a mis perseguidores, variando de rumbo. Entré en una agencia de paquebotes, y supe que un barco de vapor salía del muelle de San Jorge para Glasgow, a las diez de aquella misma noche.

—Por lo pronto —pensé—, vámonos a Glasgow.

A las diez menos cuarto estaba yo con mi equipaje en el muelle. Había densa niebla.

—¿Va usted al correo de Glasgow? —me preguntó un marinero de camisa encarnada—. Venga por aquí; yo le llevaré el baúl.

Sin esperar mi asentimiento, cargóse al hombro mi baúl y me condujo a través de los puentes de dos o tres embarcaciones, hasta un cuarto barco, en donde había un hombre de bigote negro, con un farol encendido en la mano.

—¿Es este el paquebote para Glasgow? —pregunté.

—Este es —dijo el hombre del farol—. ¡All right! ¡Cuidado, que va a sonar la campana de salida!

—Algo por haberle traído el baúl —dijo el marinero que me había servido de guía.

Le di medio chelín y me instalé en la popa, advirtiéndole que el buque estaba bastante sucio y lleno de bultos. Ya sonaba la campana; la tripulación iba y venía desenrollando cables y amontonando equipajes. A los diez minutos estábamos fuera de la barra y bajábamos la corriente del Mersey.

—¿Cuánto dura la travesía de Liverpool a Glasgow, buen hombre? —pregunté al timonel.

Este me miró como si no me entendiera y pronunció algunas palabras ininteligibles. Yo repetí la pregunta.

—No habla inglés —dijo a mi lado una voz—. Ni él ni nadie a bordo, excepto usted y yo, señor Müller.

Me volví y, con el mayor espanto, vi al joven del bastón de ébano y del bigotito.

—¡Soy víctima de un error o de un complot! —exclamé—. ¡La chalupa, por favor!... ¿Dónde está el capitán?

—Aquí casualmente lo tiene usted —respondió el joven, mostrándome un marino barbudo que se acercaba a nosotros—. Es el capitán Miloschvich, de la marina imperial rusa, que manda el buque y hace rumbo a San Petersburgo. Señor Müller, como el capitán no habla inglés, permítame que le sirva a usted de intérprete.

Aunque su presencia a bordo me probaba que casi no había esperanza para mi libertad, le rogué que explicase al capitán que se había cometido un error en perjuicio mío; que yo deseaba ir a Glasgow y quería desembarcar en seguida.

—El capitán Miloschvich —dijo el joven así que hubo traducido mi discurso y obtenido respuesta del capitán— suplica a usted, señor Müller, se sirva tener en cuenta que no ha habido ningún error, y que no va usted a Glasgow, sino a San Petersburgo. Le es absolutamente imposible dejarle en tierra aquí en vista de que sus instrucciones terminantes le obligan a desembarcarlo en Cronstadt. Además, se cree en el caso de advertirle que si, por actos o palabras, pretende usted molestar a la tripulación o a los pasajeros, se verá obligado a ponerle grillos y a encerrarle en el fondo de la bodega.

El capitán movió más de una vez la cabeza durante esas explicaciones, como si entendiera perfectamente, y con objeto de hacerme comprender mejor sus intenciones, mediante una pantomima expresiva, se tocó las muñecas y los tobillos.

De haber conservado yo mi buen sentido, me hubiese resignado a mi suerte; pero la persecución me había excitado de tal manera, que me lancé sobre el joven, con la intención de matarle o arrojarlo al mar, y yo tras él. Me encadenaron, me pegaron, me echaron al fondo de la bodega, en donde quedé medio asfixiado entre el

horrible olor de cajas de sebo, sin contar el mareo, que no me perdonó en tan espantosa atmósfera. Al fin, llegamos a Cronstadt.

Todo lo que pueda decir de Rusia y todo cuanto de ella sé, es que en algún sitio hay un río, en ese río una fortaleza, en la fortaleza un calabozo y en el calabozo un knut. En dicho calabozo he pasado ocho años de mi vida, bajo los golpes de ese knut, y con la eterna pregunta en los oídos: «¿Dónde está el niño?».

Cómo me escapé de allí para padecer aún mayores torturas es historia tan larga que no quiero cansarle. He barrido las calles de Palermo, con el traje amarillo de galeote; he languidecido en las prisiones de la Inquisición de Roma; he estado encerrado en las Siete Torres en Constantinopla, en donde el populacho me sitió a pedradas; me han marcado en el hombro, en el presidio de Tolón, y por todas partes me ofrecían la libertad y el oro, si contestaba a la pregunta: «¿Dónde está el niño?».

Por último, he sido acusado de un crimen que no he cometido, y me condenaron a muerte. En el patíbulo, me preguntaron: «¿Dónde está el niño?».

Naturalmente, yo no pude responder, y fui...

En ese momento, Margery, mi criada, vino a decirme que alguien preguntaba por mí y hube de salir, con gran sentimiento mío. Cuando regresé mi infortunado narrador se había ido, y ya no le he vuelto a ver. ¿Volverá algún día? ¿Sería un loco que se habría ahorcado él mismo? ¿O gozaba de su completo juicio, y había sido ahorcado según una sentencia legal? Pero, ¿había sido ahorcado realmente? Aun sigo dirigiéndome a mí mismo esas preguntas, y prometo satisfacer la curiosidad del lector, en cuanto regrese el ahorcado y me las conteste.

---

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE**  
**DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**